

RESUMENES IV JORNADA

—●—
Lourdes Cardenal

La Asociación de Filósofos Extremeños y el CPR de Cáceres realizaron durante los meses de febrero a mayo del pasado curso 2009/10 un conjunto de conferencias englobadas en su ya tradicional serie de Jornadas Filosóficas «Paradoxa».

La temática de estas IV Jornadas no fue otra que la de la felicidad. La relevancia de este concepto en la historia y en la práctica de la filosofía hacían de ella una temática apta no sólo para los especialistas de la ética y la historia de esta, sino también para cualquier sujeto interesado, siquiera de modo personal, en las grandes cuestiones sobre el ser humano. De ahí la buena aceptación y el gran éxito que la IV edición de estas jornadas tuvo entre toda la comunidad de docentes extremeños. De ahí la presencia enriquecedora de especialistas no sólo del campo de la filosofía, sino también de cualesquiera otros campos humanísticos e incluso técnicos y científicos.

P A R A  O X A

Y es que, la felicidad, no es competencia únicamente de los filósofos, sino que ella supone uno de los pocos ámbitos de interés que son compartidos por todos y cada uno de los seres humanos.

Esto adquiere su relevancia en una sociedad donde la especialización es no sólo una exigencia teórica sino un *sine qua non* práctico, sin la especialización no hay posibilidad de ingresar en el mundo laboral, y sin ella, muchos menos hay atisbos de progresar en la carrera profesional.

La felicidad queda así como uno de esos pocos elementos compartidos, uno de esos recordatorios de lo que la humanidad tiene en común con cada uno de los integrantes de su totalidad; y por ello, la felicidad es una de las claves que pueden situar al hombre por encima del individualismo imperante y como parte de una empresa universal. De ahí su papel fundamental en la ciencia de la practicidad humana, en la ética.

Todo esto pudo quedar muy claro en la IV edición de las jornadas filosóficas «Paradoxa», pero ello no deja de ser un principio o base del caminar filosófico. De aquí parte la vía del cuestionar, pero las posibles direcciones que, a partir de este punto, pueden tomarse, son muchas y complejas. Algunas de estas direcciones se nos mostraron de la mano de aquellos que llevan años y décadas interrogándose y recorriendo las diferentes vías del pensar.

No es nuestra intención hacer un resumen de cada una de las ponencias de las que pudimos formar parte como oyentes, sino subrayar algunas de las ideas que allí se mostraron y que pueden ayudarnos hoy por hoy a formarnos una imagen en retrospectiva del alcance y el enriquecimiento que, respecto a nuestra idea de la felicidad, se produjo durante los meses de febrero a mayo del pasado curso. Así mismo, es objetivo

fundamental de este escrito el poder poner a disposición de todos aquellos que no pudieron estar presentes, los conocimientos y conclusiones allí alcanzados.

En primer lugar, habremos de anotar que las diversas ponencias que formaron parte del evento trataron la temática de la felicidad desde unos puntos de vista muy diferentes unos de otros.

Podemos así considerar que las conferencias de D. Isidoro Reguera así como la de D. Miguel Ángel Rodríguez y la de D. Andoni Alonso enmarcaron el asunto de la felicidad desde el enfoque de sus límites. Esto es, trataron de definir la felicidad y encontrar sus claves mediante aquello que usualmente es visto como lo que la imposibilita. Qué duda cabe, que cada uno de estos ponentes lo hizo de una manera distinta y resaltando un contexto diferente. Así, mientras que D. Isidoro se centró en la felicidad contada desde la supuesta irracionalidad del loco o del melancólico, para D. Andoni esta felicidad sería contada desde su relación con la tecnología y la ciencia contemporánea, y para D. Miguel Ángel Rodríguez desde la sociedad del cyber-punk y la filosofía de la estética, atendiendo a sus alcances ético-prácticos.

Desde otro punto de vista nos presentaron la felicidad autores como D. Jesús Gonzalez, D. Luis Fernando Moreno, D. José Luis Molinuevo y D. Mariano Álvarez; todos ellos contaron la felicidad no ya desde la perspectiva de sus límites sino desde la significación de su contenido, intentando de este modo responder a la pregunta de «¿cómo se logra ser feliz?» de un modo positivo. Aunque entre ellos, también habremos de encontrar diferentes modos de narrar la felicidad, pues mientras que algunos se centraron más en aspectos históricos (D. Jesús González Javier, D. Luis Fernando Moreno y D. Mariano Álvarez), otros lo

hicieron en rasgos definatorios de la felicidad entendida esta como fáctum capaz de ser cuantificado (D. Juan B. Verde), o como expresión psicológica del ser humano (D. José Luis Molinuevo).

Cuando hablamos de algo como la felicidad, ocurre que la propia naturaleza de nuestro objeto marca las reglas de nuestro lenguaje.

La felicidad no es un objeto físico capaz de ser medible con herramientas que universalicen y permitan obtener unos resultados neutros, y peor aún, ni siquiera es una entidad inmaterial pero exterior a nosotros mismos (de tal modo que si encontrásemos el modo de conocerla, sería ya posible para todos los sujetos llegar a vislumbrar, mediante la nueva metodología descubierta para entidades inmateriales, la naturaleza, las causas y las leyes de la felicidad).

Lamentablemente, en el caso de la felicidad, con lo que nos encontramos, es con un estado inmaterial, sí, pero no externo, sino interno o psicológico, lo que hace muy difícil la discusión sobre la felicidad, ya que, aunque en muchas ocasiones lo eludimos, nunca podemos estar seguros de que estemos hablando de lo mismo. Para poder partir de un mismo modo de entender la felicidad, es necesario apelar a una común naturaleza humana, o, si lo preferimos y no queremos caer en teorías sustancialistas, al menos debemos de refugiarnos en la idea de que siendo de una misma especie, y poseyendo, como poseemos, tantos rasgos fisiológicos en común, es natural pensar que también nuestras reacciones químicas (tales como el miedo, la ira, la envidia, el deseo y la felicidad) serán compartidas.

Es desde esta base desde donde se hace posible cualquier diálogo acerca de la felicidad, la felicidad pasa a ser así un sentimiento humano, y sólo podemos hablar de ella desde y para el hombre.

Tales fueron las ideas que desde la antigua Grecia ya venían implícitas en el concepto de felicidad. La felicidad para Aristóteles es el fin último del hombre, (tal como nos recordó D. Mariano Álvarez), y también para los Hedonistas, el placer o la felicidad son las metas que el ser humano debe intentar alcanzar (D. Jesús González).

Pero si recordamos las conferencias de ambos autores veremos que las diferencias entre el concepto de felicidad (o mejor dicho, entre el modo como es posible alcanzarla) difieren bastante.

Para ambas corrientes, hedonismo y aristotelismo, había una misión fundamental, la de permitir hacer comprender a sus ciudadanos que la felicidad, y los placeres, no deben ser comprendidos únicamente como satisfacción inmediata de las apetencias físicas. Ambas posturas hacen hincapié en la importancia que la mesura va a tener para no caer en el vicio, así como en la posibilidad de que muchos logros, considerados inicialmente como causas de la felicidad, conlleven finalmente a un estado totalmente alejado de esta (como sería el caso de la fama, el dinero o el poder).

Para el hedonismo y el aristotelismo el punto medio es donde la felicidad reside.

Pero a pesar de estas similitudes, encontramos en ambas corrientes una postura práctica muy diferente. El hedonismo se acerca sin lugar a dudas a un utilitarismo, humanista, sí, pero utilitarismo, lo que lo hace más cercano al paradigma moral contemporáneo o de la postmodernidad. En contra, Aristóteles no se queda anclado en una concepción de la felicidad que termine donde el propio sentimiento acaba. Ya sabemos que para Aristóteles conocer es conocer las causas, y es

precisamente su defensa de la razón como causa posibilitadora de la felicidad lo que le va a diferenciar de las corrientes posteriores hedonistas que le siguieron.

Podríamos decir que si para los hedonistas la clave de la felicidad radica en «no complicarse más de lo necesario la vida» y en enfocar el punto hacia donde el arquero debe dirigir la flecha de la acción hacia el placer (moderado, esto es, el justo y necesario), para Aristóteles las decisiones deben de ser pesadas, medidas reflexionadas, pues sólo mediante la racionalización de cada situación, sólo mediante la toma de conciencia de aquello que vamos a realizar, podemos decir que somos auténticos agentes de nuestros actos, y es sólo para aquel que es capaz de llevar una vida completa siguiendo los dictados de la razón y comportándose de manera coherente con lo que ésta le dicta que la felicidad se le desvela como un fin último al término alcanzado.

Felicidad para el hedonismo es así felicidad momentánea, algo por lo que hay que luchar pero que se puede encontrar innumerables veces a lo largo de la vida, y es más, la meta radica en encontrarla y saborearla tantas veces como sea posible y en los actos y situaciones más simples.

Felicidad para Aristóteles es el final de un camino, la recompensa de un esfuerzo continuo y titánico, el esfuerzo de ser siempre racional y llevar el control de los pensamientos y actos de uno mismo.

Ambos modos de comprender la felicidad se han dado en numerosos autores a lo largo de la historia de la filosofía (y de lo que no es filosofía, pues al fin y al cabo, cada individuo, sea o no filósofo, alberga un concepto de felicidad). Y bien podría decirse que la diferencia fundamental entre estas dos corrientes

de pensamiento, es la diferencia fundamental que ha dominado la batalla entre empirismo y racionalismo; la comprensión de una realidad donde lo importante (ya sea moralmente o cognoscitivamente) recaer, bien del lado del instante efímero (Hedonistas, Hume, James...), bien del lado de la totalidad del camino (Aristóteles, Hegel, Kant, Heidegger...). Este panorama dualista fue bien explicado por D. Luis Fernando Moreno, pero a pesar de que la historia nos da claves en torno a lo que puede ser dicho sobre la felicidad, no debe ser olvidado que no sólo en la boca de los filósofos está la comprensión de ésta, sino que cada sociedad nos cuenta también su modo de entender la felicidad.

Este modo de contar la felicidad no tiene porqué ser únicamente mediante el logos, de hecho, podríamos decir que es el discurso apofántico el menos usado por las culturas y sociedades a la hora de llevar a cabo su particular expresión de lo que la felicidad sea.

A este respecto debemos destacar la ponencia de D. Jose Luis Molinuevo, quien resaltó la importancia y la labor que en la sociedad de la información posee el uso de la imagen. La estética es, según este pensador, la puerta que nos permite entrar en el conocimiento de los modos de pensar y las ideas singulares que dominan una determinada cultura. En particular, y para nuestro contexto, la felicidad es contada por medio de las imágenes que se vierten en los medios de comunicación de masas, esto es, en la publicidad.

Mediante la exposición de una serie de imágenes tomadas de estos mass media la conclusión era rotunda y unánime. El modelo de felicidad defendido por nuestra sociedad se encuadra en una ética material, pero en nuestro caso, el concepto de material adopta un significado muy preciso; por material no

entendemos cualquier contenido que posibilite la felicidad, sino el contenido falaz de que mediante el poseer se adquiere el ser, y que este ser adquirido es aquel que nos permite, según el modelo actual, ser individuos excelentes, con la consecuencia inmediata de la felicidad. Así, los conceptos aristotélicos de excelencia y esencia se adecúan a las exigencias del capitalismo y, mediante imágenes impactantes y atrayentes, refuerzan en los receptores la idea de que comprando ciertos productos se alcanzará el llegar a ser lo que uno desea (guapo, admirado, deseado, envidiado...) y lo que, supuestamente, nos hace ser felices.

Pero tras esta lectura de los iconos y la estética contemporánea se advierten sutilezas que nos llevan a cuestionarnos la propia solidez del mensaje transmitido. No se trata ya de que, como sujetos racionales, cuestionemos si tales estados (el ser bello, el ser rico, el ser deseado...) son realmente causas de la felicidad, ni siquiera se trata de ser conscientes de la falacia que identifica tener con ser, se trata más bien de entrever en el propio sistema que transmite el mensaje unos ciertos vacíos o incoherencias que reflejan una situación de fondo no captable a primera vista.

Y es sobre esto sobre lo que nos habló D. Miguel Ángel Rodríguez, pues siendo también la temática de su discurso la felicidad contada desde la estética de la sociedad de la información, se diferenció de la conferencia tratada anteriormente en que no sólo atendió a las muestras de la estética cultural paradigmática, sino también a las protestas y denuncias que en las propias imágenes comerciales inserta el movimiento contracultural.

Bien es cierto que hoy por hoy podemos hablar de diversos movimientos contraculturales, algunos de los cuales tienen ya

una tradición de décadas, tal como los movimientos hippie y punk, pero estos se definían por ser minoritarios, estar en abierta oposición a las tendencias sociales y económicas imperantes y por, de algún modo decirlo, ser underground, esto es, ser corrientes paralelas, subversivas y al margen del mercado.

Algo muy diferente es lo que ocurre con otra corriente contracultural, la cual, siendo como es denuncia del sistema prioritario, lleva a cabo esta crítica desde el propio sistema prioritario. Es la corriente del cyberpunk. Este movimiento se nutre y se refuerza desde el propio sistema al que ataca; el cyberpunk y sus mensajes se encuentran en los anuncios, en la red, en los objetos de consumo creados por el capitalismo, tales como la moda y el cine; y si bien en muchos momentos uno no sabría decir si lo que transmite es una crítica o una defensa, sí queda claro que lanza una pregunta al aire «¿nos conduce la sociedad que hemos creado a la felicidad?».

Los elementos que cuestiona son principalmente el poder como estructura, la sociedad de la información como fuente de riqueza material de unos pocos elegidos, los límites morales que cercenan al ser humano allí donde su tejido material termina, la tecnología como modo de extender al ser humano y su poder hacia... ¿quizás ningún sitio?... El cyberpunk es, en resumidas cuentas, el modo en que nuestra propia sociedad muestra su desilusión y su miedo hacia el presente y también hacia el futuro.

Bien sabemos que nos encontramos en una época de falta de valores, en lo que Nietzsche no dudó en calificar como la época del nihilismo; es lógico que ante el vacío reine la desesperación (por otro lado, ya Hegel decía que sólo mediante la desesperación podía uno llegar a encontrarse consigo mismo), y la forma que toma la desesperación en la sociedad de la información es el cyberpunk.

La pregunta pues acerca de cómo es posible la felicidad en esta sociedad pasa antes por saber cómo superar la desesperación ante la falta de valores adscrita a ella. El cyberpunk que llena nuestros televisores, nuestras novelas y muchos de nuestros armarios no parece dar respuestas positivas que permitan asegurar el alcance de la felicidad; lo que de ella nos cuenta no es cómo lograrla, sino cómo no va a ser posible adquirirla.

En tanto continuemos aceptando un mundo de hiperinformación, donde es obligado el hiperconocimiento y la hiperacción, no podrá el hombre siquiera tener tiempo para buscar o saborear la felicidad de la que el hedonismo nos hablaba (pues para ello se necesita un cierto pausarse ante el acontecer para proceder a degustarlo), mucho menos podrá alcanzarse la felicidad aristotélica, pues esta tenía como exigencia la de ser dueños de cada uno de nuestros actos, algo totalmente imposible en una sociedad donde la praxis es entendida no como calidad de lo hecho sino como cantidad de lo producido.

Esta situación no sólo se vio reflejada por la ya comentada conferencia de D. Miguel Zamora, sino que también las palabras de D. Andoni Alonso hicieron hincapié en ello.

Las palabras de D. Andoni se mostraron provocadoras, casi incendiarias, pues como todo buen filósofo comprometido con su tiempo, buscaba producir en sus oyentes la duda y el cuestionamiento acerca de algunos de sus principios. Su discurso iba también encaminado a permitir el vislumbramiento de la posibilidad o imposibilidad que nuestra sociedad presenta de permitir a sus ciudadanos ser felices.

La globalización, la tecnología, la energía nuclear... ¿hasta qué punto construyen un mundo donde la felicidad pueda morar?, y en caso de que esta sociedad de la incertidumbre

(incertidumbre hacia su propia existencia, pues el colapso es una realidad tan posible como la misma permanencia) pueda albergar la felicidad ¿qué tipo de felicidad es la que ella soporta?.

Ante tal situación, no es posible sino sentir una cierta angustia, pues nuestra meta no podía ser sino la de dar una respuesta positiva a la necesidad de felicidad que todos albergamos.

D. Juan B. Verde intentó en su ponencia «El cálculo de la felicidad», dar una respuesta positiva y una visión optimista acerca de nuestra problemática. La fórmula que propuso fue la ya defendida por J. Green: «El camino hacia la felicidad es directamente proporcional al número de senderos que llevan al disfrute de cada valor humano, e inversamente proporcional a los obstáculos e ignorancia que lo impiden».

Estemos o no de acuerdo con la idea de que la felicidad puede ser reducida a una fórmula universal o a una ley general, hay ciertos aspectos relevantes en la defensa de D. Juan B. Verde.

En primer lugar, lejos de hablarnos de la felicidad de una sociedad y de las posibilidades que una cultura da para lograrla, se centra en cómo puede un sujeto individual ser más feliz.

Puesto que hablar de la sociedad nos lleva a la desesperación, quizás la clave sea regresar a un proceder cartesiano, donde el análisis de cada una de las partes pueda dirigirnos a una imagen del conjunto más exhaustiva y más significativa que la creada a partir del intento de construir la imagen de la totalidad (de la situación contextual en la que se enmarca hoy por hoy la felicidad) desde un primer momento.

Así, y puesto que la felicidad no deja de ser un sentimiento personal, habremos de comenzar estudiando cómo es esta posible en cada uno de los sujetos. Y si bien es cierto que el contexto repercute en ella, favoreciéndola o imposibilitándola,

no es menos cierto que quizás la clave no radique en el contexto (tal como en otras conferencias llegamos a creer) sino en el propio sujeto que siente.

La idea de que la felicidad ha de partir del sujeto es innegable. Pero aunque de él ha de partir, en él no debe terminar. La felicidad supone una intencionalidad que siempre va dirigida al mundo exterior, y no es suficiente con remover los obstáculos que ante ella se pudieran interponer (como bien vio D. Juan B. Verde, pues él mismo afirmó que la clave no está en el evitar sino en el mirar los inconvenientes desde otra perspectiva), pero aún así, aún cuando el sujeto sea capaz de abrazar la realidad con alegría, sea lo que fuere que se le presente, consideramos que esta visión tiene un punto débil.

Este punto débil no es sino que presenta la problemática de la felicidad como una guerra (pacífica) entre el individuo y la sociedad; ¿quién es más fuerte, el sujeto y su perspectiva optimista o la sociedad con sus obstáculos? Lejos de creer que la felicidad habita únicamente en la voluntad del sujeto, creemos que debe de ser la suma de ambos componentes (individuo y sociedad) la que den como resultado la felicidad, de otro modo, no estaríamos hablando sino de una falsa felicidad, de una felicidad o alegría inventadas para soportar la realidad.

El asunto nos lleva entonces, a resaltar, con D. Juan B. Verde, la importancia del sujeto, así como la capacidad de este para crear en torno a él un mundo en el que siempre que sea posible se optará por llevar a cabo acciones que promuevan la felicidad, en el que, siempre que sea posible, se buscará una educación en la alegría y en el regocijo.

Pero en contra de sus afirmaciones, diremos que el sujeto no es lo suficientemente fuerte como para vencer a toda una

sociedad desvalorizada. Es aquí el momento donde nuestra reflexión debe llevar al punto clave en que ambos elementos estén unidos en un mismo discurso sobre la felicidad, tanto el elemento social, estudiado en las conferencias de D. Miguel Ángel Rodríguez, D. Jose Luis Molinuevo y D. Andoni Alonso, como el elemento subjetivo atendido en las conferencias de D. Jesús González, D. Luis Fernando Moreno, D. Mariano Álvarez (desde una perspectiva histórica) y D. Juan B. Verde (desde una perspectiva contemporánea).

Esta unificación de elementos se llevó a cabo por parte de D. Isidoro Reguera, quien precisamente nos habló de cuáles eran las opciones para aquel que, como nosotros, vive, y no puede escapar, de una sociedad limitadora (límites tanto para la felicidad como para su propia existencia, pues nadie puede salir de la realidad que le rodea).

Las conclusiones que se pudieron extraer de esta primera conferencia inaugural (y que nosotros, por motivos de coherencia argumentativa presentamos como última), son enriquecedoras, y es quizás, vistas desde la experiencia que el conjunto de narraciones sobre la felicidad dejaron en nosotros a lo largo de las jornadas, importante considerarla como una respuesta a todas las dudas, la desesperación y la impotencia, que el estudio de nuestra sociedad dejaron tras de sí.

Somos conscientes de la imposibilidad de romper la cúpula de cristal que nuestra sociedad le impone a nuestros esfuerzos por ser felices; pero sólo aquel que es capaz de conocer la existencia de tal límite (sólo aquel que lleva a cabo una reflexión acerca de cómo nuestra sociedad imposibilita nuestra felicidad) puede no caer presa de una falaz felicidad. Spinoza dijo que «el valor de una sociedad se mide por la cantidad de verdad

que puede soportar», y es tarea de todos los individuos de esa sociedad el intentar palpar los límites (ontológicos, prácticos y lingüísticos) que colapsan nuestro ser y actuar.

El problema, como ya veíamos, radicaba en las salidas que se tenían una vez llegábamos a este estado de consciencia de la realidad. Tres caminos se nos habían presentado, la denuncia (propia del cyberpunk), la desesperación (característica del que no sabe qué hacer o qué camino tomar ante tal situación), y la vuelta atrás (esto es, el intentar auto-engañarse a uno mismo y continuar como si nada pasase).

La última de las opciones es una opción práctica, un «ojos que no ven, corazón que no siente», que por otro lado, no deja de ser un atentado contra los principios filosóficos de defender la verdad e intentar crear un mundo mejor. Es una postura conformista que sólo lleva a fortalecer a aquellos que construyen los límites, pues se les deja libertad absoluta para construir el mundo como consideren.

La segunda de las opciones no debe de ser más que pasajera, puede disculparse, pero jamás debe aceptarse. Nada hay peor para el ser humano que la inactividad; y la desesperación y el miedo sólo tienen tres caminos, la huida, la parálisis (y así quizás le pases inadvertido al enemigo) y el ataque desenfrenado. Utilicemos el momento de parálisis para pensar, para pensar cómo atacar; esa es la salida más provechosa, tanto para el individuo, como para los principios filosóficos mencionados y la misma sociedad a la que pretendemos ayudar.

Finalmente, encontrábamos la opción de la protesta, reflejada hoy por hoy en la corriente cyberpunk; D. Isidoro Reguera habló de que sólo aquel que lanza piedras contra la cúpula de cristal puede, si no romper la cúpula, al menos hacerse más

fuerte, avanzar en su propio camino de autocreación, sentir que está luchando por algo, aunque cierta melancolía sea inevitable, aunque los demás (y el mismo quizás) no vayan sino a considerarle un loco (¿y acaso no llamaron también locos a aquellos que regresaban del mundo exterior para contarles a los que permanecían en la caverna cual era la realidad?).

Pero si la felicidad es, como anuncio Aristóteles, un ser dueño de sus propios actos, y esta felicidad sólo puede llegar al darse uno la vuelta y decir «estoy satisfecho con el contenido y sentido de cada uno de mis actos», parece que es precisamente en este actuar melancólico, imposible, y transgresor, donde radicaría la única posibilidad de que un sujeto contextualizado, consciente de la situación vivencial en la que se encuentra, pudiese llegar a ser feliz.

Siempre queda, para los que no estén de acuerdo con estas reflexiones, la opción de cerrar los ojos y saborear las cosas más pequeñas, algo que, por otro lado, no es incompatible con la opción de la lucha, y que de hecho, es necesaria para no caer víctimas de la angustia total. La melancolía es en parte el recuerdo de esos momentos felices que duran un instante y quedan en el pasado, y que, en cierto modo, quisiéramos que la sociedad enseñase a disfrutar.

Pero este logro, el de disfrutar de los instantes más sencillos, es incompatible con una sociedad donde el tiempo no puede parar, pues sólo se vive para producir y para consumir. Por ello, no podemos sino acentuar el papel sanador del artista, del loco, del melancólico, ellos son los que han descubierto en qué consiste la felicidad de lo sencillo, y es así, en su deseo de permitir que el acontecer de la felicidad sea una posibilidad para todos, que sólo mediante la crítica, la protesta y la creación

de una nueva realidad podrá llegar un día en que se aúnen la felicidad del instante hedonista, con la felicidad aristotélica de saber que se ha hecho lo adecuado.